

# Contra la intolerancia

ROSA MONTERO

1 En 1999, la artillería rusa demolió salvajemente la ciudad de Grozni y 50.000 civiles chechenos fueron abandonados a su suerte sin que nadie hiciera nada por ellos, ni la ONU ni ningún organismo internacional y ni siquiera los intelectuales, tan activos en otros conflictos: pero en este caso, claro, los malos eran los rusos, y la intelectualidad seguía y quizá sigue sufriendo cierta inercia procomunista. Momentáneamente conmovida por la soledad de esas víctimas (luego, claro, la tragedia chechena pasó a segundo plano en mi cabeza, como nos ocurre a todos: la memoria es débil, la conciencia fluctuante), escribí un par de artículos sobre el tema, moví un manifiesto, acudí a manifestaciones ante la embajada rusa. En la primera se me acercó un chico rubio con barba para darme las gracias «por denunciar la masacre de nuestra gente, la muerte de nuestros niños». Tenía los ojos llenos de lágrimas y me conmovió. Intenté darle un par de besos en las mejillas y el hombre pegó un respingo y saltó hacia atrás: su religión le prohibía tocar a una mujer. Yo me reí de su santurronería, le dije alguna broma y dejé la cosa ahí.

2 Volví a encontrármelo un par de veces. Siempre se retorció para no rozarme y a mí me parecían ridículos sus tontos aspavientos. Me enteré de que era español, hijo, si no recuerdo mal, de un militar, y que se había convertido al islamismo unos años antes. Luego lo más álgido de la crisis chechena pasó y ya no coincidimos. La siguiente vez que vi su cara fue en una foto en los periódicos en 2004: era uno de los islamistas detenidos en la segunda o tercera ola de redadas tras la masacre del 11-M. No estuvo incluido en el macrojuicio y no sé bien qué fue de él, pero desde luego era un fundamentalista y al parecer había estado en los campos yihadistas de Afganistán. Me quedé helada, y no sólo por él, sino por mí, por mi comportamiento tan permisivo ante su negativa a tocarme. Por tomarme a broma esa estruendosa señal de intolerancia. Si, en vez de hacer sus pamemas misóginas, hubiera levantado el brazo en el saludo nazi, yo lo habría condenado inmediatamente y lo hubiera considerado un enemigo de la democracia. Su radicalidad machista, en cambio, se la perdoné con una risa, sin darme cuenta de que era una señal igual o más peligrosa que la cruz gamada.

3 Todo esto viene a cuentos de los turbios, inquietantes, aterradoros actos de violencia sexista cometidos en fin de año en la estación de Colonia y en varias ciudades europeas más. Desde el principio ha sido una noticia muy confusa. De entrada, tardó un par de días en aparecer en la prensa. Después, no hay fotos de los asaltos, o al menos no se ha visto ninguna. Cosa rara en estos tiempos de teléfonos móviles e imágenes ubicuas. Toda esa oscuridad suscita dudas; de hecho, al principio pensé que podría ser una campaña de intoxicación para justificar la represión. Que quizá las agresiones estuvieran magnificadas. Pero no, con el tiempo más bien se diría que lo que ha sucedido es lo contrario: que las agresiones se han querido tapar o minimizar (¿y las fotos se han ocultado?) para no agitar la bicha racista. Sólo en Alemania hay más de mil denuncias; y las agresiones sucedieron sincronizadamente en varias ciudades alemanas y en Austria, Suiza, Suecia y Finlandia. Sin duda hubo detrás una consigna, un acuerdo, un plan. Puede que ese plan esté pagado o infiltrado por la extrema derecha y que usen el sexismo criminal de los integristas para potenciar la xenofobia. Pero de lo que no cabe duda es de que el integrismo islámico está ahí y es un peligro no sólo para las mujeres, sino para toda la sociedad, al igual que los remilgos de aquel rubio converso hubieran debido ser un aviso para mí de su potencial dañino.

4 La socióloga argelina Marieme Hélie-Lucas ha escrito un formidable artículo sobre el tema en la revista *Sin permiso*. Explica que este comportamiento tiene antecedentes: durante la primavera árabe, tanto en Túnez como en la plaza de Tahrir de El Cairo, las mujeres manifestantes fueron atacadas por integristas, desnudadas, manoseadas, golpeadas y alguna incluso violada ante la pasividad de la policía. Sostiene Hélie-Lucas que esto es un desafío, una escalada de los fundamentalistas en Europa; que la izquierda no responde, sacrificando una vez más los derechos de la mujer ante supuestos valores superiores, como la protección de las minorías oprimidas. Pero al hacer dejación de la defensa de los valores democráticos esenciales, dice con toda razón Hélie-Lucas, lo que hace la izquierda es potenciar a la extrema derecha xenófoba. En efecto: ¡qué vergüenza esa alcaldesa de Colonia que dice a las mujeres que no provoquen! Si la izquierda no asume con todas sus consecuencias la lucha contra el integrismo islámico, en Europa terminarán ganando los fascismos.

*El País*, 7 de febrero de 2016

# Contra la intolerancia

ROSA MONTERO

En 1999, la artillería rusa demolió salvajemente la ciudad de Grozni y 50.000 civiles chechenos fueron abandonados a su suerte sin que nadie hiciera nada por ellos, ni la ONU ni ningún organismo internacional y ni siquiera los intelectuales, tan activos en otros conflictos: pero en este caso, claro, los malos eran los rusos, y la intelectualidad seguía y quizá sigue sufriendo cierta inercia procomunista. Momentáneamente conmovida por la soledad de esas víctimas (luego, claro, la tragedia chechena pasó a segundo plano en mi cabeza, como nos ocurre a todos: la memoria es débil, la conciencia fluctuante), escribí un par de artículos sobre el tema, moví un manifiesto, acudí a manifestaciones ante la embajada rusa. En la primera se me acercó **un chico rubio con barba** para darme las gracias «por denunciar la masacre de nuestra gente, la muerte de nuestros niños». **[el chico rubio]** Tenía los ojos llenos de lágrimas y **[el chico rubio]** me conmovió. Intenté darle un par de besos en las mejillas y el hombre pegó un respingo y saltó hacia atrás: su religión **le** prohibía tocar a una mujer. Yo me reí de su santurronería, **le** dije alguna broma y dejé la cosa ahí.

Volví a encontrarme**lo** un par de veces. Siempre **[el chico rubio]** se retorció para no rozarme y a mí me parecían ridículos sus tontos aspavientos. Me enteré de que **[el chico rubio]** era español, hijo, si no recuerdo mal, de un militar, y que **[el chico rubio]** se había convertido al islamismo unos años antes. Luego lo más álgido de la crisis chechena pasó y ya no coincidimos. La siguiente vez que vi su cara fue en una foto en los periódicos en 2004: era uno de los islamistas detenidos en la segunda o tercera ola de redadas tras la masacre del 11-M. No estuvo incluido en el macrojuicio y no sé bien qué fue de **él**, pero desde luego **[el chico rubio]** era un fundamentalista y al parecer **[el chico rubio]** había estado en los campos yihadistas de Afganistán. Me quedé helada, y no sólo por **él**, sino por mí, por mi comportamiento tan permisivo ante **su** negativa a tocarme. Por tomarme a broma esa estruendosa señal de intolerancia. Si, en vez de hacer **sus** pamemas misóginas, **[el chico rubio]** hubiera levantado el brazo en el saludo nazi, yo **lo** habría condenado inmediatamente y **lo** hubiera considerado un enemigo de la democracia. **Su radicalidad machista**, en cambio, se **la** perdoné con una risa, sin darme cuenta de que **[su radicalidad machista]** era una señal igual o más peligrosa que la cruz gamada.

Todo esto viene a cuentos de los turbios, inquietantes, aterradores actos de violencia sexista cometidos en fin de año en la estación de Colonia y en varias ciudades europeas más. Desde el principio ha sido una noticia muy confusa. De entrada, tardó un par de días en aparecer en la prensa. Después, no hay fotos de los asaltos, o al menos no se ha visto ninguna. Cosa rara en estos tiempos de teléfonos móviles e imágenes ubicuas. Toda esa oscuridad suscita dudas; de hecho, al principio pensé que podría ser una campaña de intoxicación para justificar la represión. Que quizá las agresiones estuvieran magnificadas. Pero no, con el tiempo más bien se diría que lo que ha sucedido es lo contrario: que las agresiones se han querido tapar o minimizar (¿y las fotos se han ocultado?) para no agitar la bicha racista. Sólo en Alemania hay más de mil denuncias; y las agresiones sucedieron sincronizadamente en varias ciudades alemanas y en Austria, Suiza, Suecia y Finlandia. Sin duda hubo detrás una consigna, un acuerdo, un plan. Puede que ese plan esté pagado o infiltrado por la extrema derecha y que usen el sexismo criminal de los integristas para potenciar la xenofobia. Pero de lo que no cabe duda es de que el integrismo islámico está ahí y es un peligro no sólo para las mujeres, sino para toda la sociedad, al igual que los remilgos de aquel rubio converso hubieran debido ser un aviso para mí de su potencial dañino.

La socióloga argelina Marieme Hélie-Lucas ha escrito un formidable artículo sobre el tema en la revista *Sin permiso*. Explica que este comportamiento tiene antecedentes: durante la primavera árabe, tanto en Túnez como en la plaza de

PROCEDIMIENTOS DE COHESIÓN para referirse al **chico rubio con barba**:

**Deixis** por medio de pronombres, posesivos o demostrativos, marcados en **amarillo**, y **elipsis** indicadas con corchetes que incluyen el referente en **azul claro**.

Las referencias a este **chico rubio con barba** desaparecen a partir del tercer párrafo, porque en él se habla de otro tema. Todo lo alusivo al citado **chico rubio con barba** es sólo un anticipo de lo que la autora quiere decir en su artículo.

En los dos primeros párrafos hay otros temas sobre los que se usan procedimientos similares, aunque en menor cantidad (por ejemplo, **Su radicalidad machista**).

|   |  |
|---|--|
| <p>Tahrir de El Cairo, las mujeres manifestantes fueron atacadas por integristas, desnudadas, manoseadas, golpeadas y alguna incluso violada ante la pasividad de la policía. Sostiene Hélie-Lucas que esto es un desafío, una escalada de los fundamentalistas en Europa; que la izquierda no responde, sacrificando una vez más los derechos de la mujer ante supuestos valores superiores, como la protección de las minorías oprimidas. Pero al hacer dejación de la defensa de los valores democráticos esenciales, dice con toda razón Hélie-Lucas, lo que hace la izquierda es potenciar a la extrema derecha xenófoba. En efecto: ¡qué vergüenza esa alcaldesa de Colonia que dice a las mujeres que no provoquen! Si la izquierda no asume con todas sus consecuencias la lucha contra el integrismo islámico, en Europa terminarán ganando los fascismos.</p> |  |
|---|--|

*El País*, 7 de febrero de 2016

# Contra la intolerancia

ROSA MONTERO

En 1999, la artillería **rusa** demolió salvajemente la ciudad de Grozni y 50.000 civiles chechenos fueron abandonados a su suerte sin que **nadie** hiciera nada por ellos, ni la ONU ni ningún organismo internacional y ni siquiera los intelectuales, tan activos en otros conflictos: pero en este caso, claro, los malos eran los **rusos**, y la **intelectualidad** seguía y quizá sigue sufriendo cierta inercia procomunista. Momentáneamente conmovida por la soledad de **esas víctimas** (luego, claro, **la tragedia chechena** pasó a segundo plano en mi cabeza, como nos ocurre a todos: la memoria es débil, la conciencia fluctuante), escribí un par de artículos sobre **el tema**, moví un manifiesto, acudí a manifestaciones ante la embajada **rusa**. En la primera se me acercó un chico rubio con barba para darme las gracias «por denunciar **la masacre de nuestra gente**, **la muerte de nuestros niños**». Tenía los ojos llenos de lágrimas y me conmovió. Intenté darle un par de besos en las mejillas y el hombre pegó un respingo y saltó hacia atrás: su religión le prohibía tocar a una mujer. Yo me reí de su santurronería, le dije alguna broma y dejé **la cosa** ahí.

PROCEDIMIENTOS DE COHESIÓN:

Repetición literal de palabras, marcadas en negrita («**rusa**, **rusos**, **rusa**»).

Sinonimia: repetición de un mismo concepto mediante palabras o perífrasis del **mismo contenido**.

**Hiperónimos** e **hipónimos**.

Palabras **comodín**.

# Contra la intolerancia

ROSA MONTERO

|  |   |
|--|---|
| <p>En 1999, la artillería rusa demolió salvajemente la ciudad de Grozni y 50.000 civiles chechenos fueron abandonados a su suerte sin que nadie hiciera nada por ellos, ni la ONU ni ningún organismo internacional y ni siquiera los intelectuales, tan activos en otros conflictos: pero en este caso, claro, los malos eran los rusos, y la intelectualidad seguía y quizá sigue sufriendo cierta inercia procomunista. Momentáneamente <b>conmovida</b> por la soledad de esas víctimas (luego, claro, la tragedia chechena pasó a segundo plano en <b>mi cabeza</b>, como <b>nos</b> ocurre a todos: la memoria es débil, la conciencia fluctuante), <b>escribí</b> un par de artículos sobre el tema, <b>moví</b> un manifiesto, <b>acudí</b> a manifestaciones ante la embajada rusa. En la primera se <b>me</b> acercó un chico rubio con barba para <b>darme</b> las gracias «por denunciar la masacre de <b>nuestra</b> gente, la muerte de <b>nuestros</b> niños». Tenía los ojos llenos de lágrimas y <b>me</b> conmovió. <b>Intenté</b> darle un par de besos en las mejillas y el hombre pegó un respingo y saltó hacia atrás: su religión le prohibía tocar a una mujer. <b>Yo me reí</b> de su santurronería, le <b>dije</b> alguna broma y <b>dejé</b> la cosa ahí.</p>   | <p>PROCEDIMIENTO DE COHESIÓN: las <b>personas gramaticales</b>. Obsérvese que en los dos primeros párrafos es muy frecuente el uso de la primera persona, casi siempre del <b>singular</b>, aunque alguna vez del <b>plural</b>, refiriéndose a la propia autora del texto. Hay dos usos de la <b>primera persona del plural</b> referida a otra persona, el «chico rubio con barba».</p> |
| <p><b>Volví</b> a encontrá<b>me</b>lo un par de veces. Siempre se retorció para no rozar<b>me</b> y <b>a mí me</b> parecían ridículos sus tontos aspavientos. <b>Me enteré</b> de que era español, hijo, si no recuerdo mal, de un militar, y que se había convertido al islamismo unos años antes. Luego lo más álgido de la crisis chechena pasó y ya no <b>coincidimos</b>. La siguiente vez que <b>vi</b> su cara fue en una foto en los periódicos en 2004: era uno de los islamistas detenidos en la segunda o tercera ola de redadas tras la masacre del 11-M. No estuvo incluido en el macrojuicio y <b>no sé</b> bien qué fue de él, pero desde luego era un fundamentalista y al parecer había estado en los campos yihadistas de Afganistán. <b>Me quedé</b> helada, y no sólo por él, sino <b>por mí</b>, por <b>mí</b> comportamiento tan permisivo ante su negativa a tocar<b>me</b>. Por tomarme a broma esa estruendosa señal de intolerancia. Si, en vez de hacer sus pamemas misóginas, hubiera levantado el brazo en el saludo nazi, <b>yo</b> lo <b>habría condenado</b> inmediatamente y lo <b>hubiera considerado</b> un enemigo de la democracia. Su radicalidad machista, en cambio, se la <b>perdone</b> con una risa, sin dar<b>me</b> cuenta de que era una señal igual o más peligrosa que la cruz gamada.</p>   | <p>La razón de esta abundancia es que la autora quiere implicarse (y tal vez criticarse) en un problema general que precisará en la segunda mitad del texto. Con este uso tan frecuente está empleando uno de los recursos frecuentes en los textos <b>argumentativos</b>: el de la <i>experiencia personal</i>.</p>  |
| <p>Todo esto viene a cuentos de los turbios, inquietantes, aterradores actos de violencia sexista cometidos en fin de año en la estación de Colonia y en varias ciudades europeas más. Desde el principio ha sido una noticia muy confusa. De entrada, tardó un par de días en aparecer en la prensa. Después, no hay fotos de los asaltos, o al menos no se ha visto ninguna. Cosa rara en estos tiempos de teléfonos móviles e imágenes ubicuas. Toda esa oscuridad suscita dudas; de hecho, al principio <b>pensé</b> que podría ser una campaña de intoxicación para justificar la represión. Que quizá las agresiones estuvieran magnificadas. Pero no, con el tiempo más bien se diría que lo que ha sucedido es lo contrario: que las agresiones se han querido tapar o minimizar (¿y las fotos se han ocultado?) para no agitar la bicha racista. Sólo en Alemania hay más de mil denuncias; y las agresiones sucedieron sincronizadamente en varias ciudades alemanas y en Austria, Suiza, Suecia y Finlandia. Sin duda hubo detrás una consigna, un acuerdo, un plan. Puede que ese plan esté pagado o infiltrado por la extrema derecha y que usen el sexismo criminal de los integristas para potenciar la xenofobia. Pero de lo que no cabe duda es de que el integrismo islámico está ahí y es un peligro no sólo para las mujeres, sino para toda la sociedad, al igual que los remilgos de aquel rubio converso hubieran debido ser un aviso para mí de su potencial daño.</p> | <p>En el tercer párrafo, en cambio, sólo hay un uso de la primera persona del singular, referido a la autora. El tema que en realidad quiere tratar no es el de su experiencia personal, aunque ésta le ha servido de punto de partida.</p>   |

|  |   |
|--|---|
| <p>La socióloga argelina Marieme Hélie-Lucas ha escrito un formidable artículo sobre el tema en la revista <i>Sin permiso</i>. Explica que este comportamiento tiene antecedentes: durante la primavera árabe, tanto en Túnez como en la plaza de Tahrir de El Cairo, las mujeres manifestantes fueron atacadas por integristas, desnudadas, manoseadas, golpeadas y alguna incluso violada ante la pasividad de la policía. Sostiene Hélie-Lucas que esto es un desafío, una escalada de los fundamentalistas en Europa; que la izquierda no responde, sacrificando una vez más los derechos de la mujer ante supuestos valores superiores, como la protección de las minorías oprimidas. Pero al hacer dejación de la defensa de los valores democráticos esenciales, dice con toda razón Hélie-Lucas, lo que hace la izquierda es potenciar a la extrema derecha xenófoba. En efecto: ¡qué vergüenza esa alcaldesa de Colonia que dice a las mujeres que no provoquen! Si la izquierda no asume con todas sus consecuencias la lucha contra el integrismo islámico, en Europa terminarán ganando los fascismos.</p> | <p>Ha desaparecido toda la presencia de la primera persona. La autora quiere hacer un análisis de los hechos, mediante argumentos, para obtener una conclusión general.</p> |
|--|---|

*El País*, 7 de febrero de 2016

# Contra la intolerancia

ROSA MONTERO

|  |   |
|--|---|
| <p>En 1999, la artillería rusa demolió salvajemente la ciudad de Grozni y 50.000 civiles chechenos fueron abandonados a su suerte sin que nadie hiciera nada por ellos, ni la ONU ni ningún organismo internacional y ni siquiera los intelectuales, tan activos en otros conflictos: pero en este caso, claro, los malos eran los rusos, y la intelectualidad seguía y quizá sigue sufriendo cierta inercia procomunista. Momentáneamente conmovida por la soledad de esas víctimas (luego, claro, la tragedia chechena pasó a segundo plano en mi cabeza, como nos ocurre a todos: la memoria es débil, la conciencia fluctuante), escribí un par de artículos sobre el tema, moví un manifiesto, acudí a manifestaciones ante la embajada rusa. En la primera se me acercó un chico rubio con barba para darme las gracias «por denunciar la masacre de nuestra gente, la muerte de nuestros niños». Tenía los ojos llenos de lágrimas y me conmovió. Intenté darle un par de besos en las mejillas y el hombre pegó un respingo y saltó hacia atrás: su religión le prohibía tocar a una mujer. Yo me reí de su santurronería, le dije alguna broma y dejé la cosa ahí.</p>  | <p>Primer párrafo: presentación del texto y del tema. Lógicamente no hay referencias anteriores del propio texto, pero sí a hechos externos al texto, un hecho histórico (de 1999) conocido por la autora y tal vez por el lector.</p>  |
| <p>Volví a encontrarme <b>lo</b> un par de veces. Siempre se retorció para no rozarme y a mí me parecían ridículos sus tontos aspavientos. Me enteré de que era español, hijo, si no recuerdo mal, de un militar, y que se había convertido al islamismo unos años antes. Luego lo más álgido de la crisis chechena pasó y ya no coincidimos. La siguiente vez que vi su cara fue en una foto en los periódicos en 2004: era uno de los islamistas detenidos en la segunda o tercera ola de redadas tras la masacre del 11-M. No estuvo incluido en el macrojuicio y no sé bien qué fue de él, pero desde luego era un fundamentalista y al parecer había estado en los campos yihadistas de Afganistán. Me quedé helada, y no sólo por él, sino por mí, por mi comportamiento tan permisivo ante su negativa a tocarme. Por tomarme a broma esa estruendosa señal de intolerancia. Si, en vez de hacer sus pamemas misóginas, hubiera levantado el brazo en el saludo nazi, yo lo habría condenado inmediatamente y lo hubiera considerado un enemigo de la democracia. Su radicalidad machista, en cambio, se la perdoné con una risa, sin darme cuenta de que era una señal igual o más peligrosa que la cruz gamada.</p>   | <p>Segundo párrafo: empieza aludiendo a un referente del párrafo anterior (mediante deixis pronominal, <b>lo</b> y mediante elipsis).</p>   |
| <p><b>Todo esto</b> viene a cuentos de los turbios, inquietantes, aterradores actos de violencia sexista cometidos en fin de año en la estación de Colonia y en varias ciudades europeas más. Desde el principio ha sido una noticia muy confusa. De entrada, tardó un par de días en aparecer en la prensa. Después, no hay fotos de los asaltos, o al menos no se ha visto ninguna. Cosa rara en estos tiempos de teléfonos móviles e imágenes ubicuas. Toda esa oscuridad suscita dudas; de hecho, al principio pensé que podría ser una campaña de intoxicación para justificar la represión. Que quizá las agresiones estuvieran magnificadas. Pero no, con el tiempo más bien se diría que lo que ha sucedido es lo contrario: que las agresiones se han querido tapar o minimizar (¿y las fotos se han ocultado?) para no agitar la bicha racista. Sólo en Alemania hay más de mil denuncias; y las agresiones sucedieron sincronizadamente en varias ciudades alemanas y en Austria, Suiza, Suecia y Finlandia. Sin duda hubo detrás una consigna, un acuerdo, un plan. Puede que ese plan esté pagado o infiltrado por la extrema derecha y que usen el sexismo criminal de los integristas para potenciar la xenofobia. Pero <b><u>de lo que no cabe duda es de que el integrismo islámico está ahí y es un peligro no sólo para las mujeres, sino para toda la sociedad, al igual que los remilgos de aquel rubio converso hubieran debido ser un aviso para mí de su potencial dañino.</u></b></p> | <p>Comienza con un referente genérico, una deixis («todo esto») que resume todo lo dicho con anterioridad. Lo que dice en este párrafo no tiene nada que ver directamente (a primera vista) con los dos párrafos anteriores. Sólo comenta un hecho externo mucho más reciente (enero de 2016). Termina el párrafo con una primera conclusión que anuncia la conclusión final del texto.</p> |

|  |   |
|--|---|
| <p>La socióloga argelina Marieme Hélie-Lucas ha escrito un formidable artículo sobre el tema en la revista <i>Sin permiso</i>. Explica que este comportamiento tiene antecedentes: durante la primavera árabe, tanto en Túnez como en la plaza de Tahrir de El Cairo, las mujeres manifestantes fueron atacadas por integristas, desnudadas, manoseadas, golpeadas y alguna incluso violada ante la pasividad de la policía. Sostiene Hélie-Lucas que esto es un desafío, una escalada de los fundamentalistas en Europa; que la izquierda no responde, sacrificando una vez más los derechos de la mujer ante supuestos valores superiores, como la protección de las minorías oprimidas. Pero al hacer dejación de la defensa de los valores democráticos esenciales, dice con toda razón Hélie-Lucas, lo que hace la izquierda es potenciar a la extrema derecha xenófoba. En efecto: ¡qué vergüenza esa alcaldesa de Colonia que dice a las mujeres que no provoquen! <b><u>Si la izquierda no asume con todas sus consecuencias la lucha contra el integrismo islámico, en Europa terminarán ganando los fascismos.</u></b></p> | <p>Partiendo de una cita (argumento de autoridad), llega a una conclusión en la última frase (texto de orden <b>inductivo</b>) que enlaza, por su contenido, aunque sin referencia explícita, con lo expuesto en los dos primeros párrafos.</p> |
|--|---|

*El País*, 7 de febrero de 2016



## COMENTARIO GENERAL DEL TEXTO

El texto, aparecido en el diario *El País* el 7 de febrero de 2016, comenta un hecho de actualidad (las violaciones y abusos a mujeres en Colonia a principios de año) relacionándolo, mediante la experiencia personal de la autora (la masacre perpetrada por el ejército ruso en Chechenia en 1999) con la pasividad de la izquierda europea ante el radicalismo islámico, que según la periodista, es la mejor manera de provocar el resurgimiento de los fascismos.

El texto tiene cuatro párrafos de extensión aproximadamente similar (193 palabras el primero, 212 el segundo, 250 el tercero y 165 el cuarto), que se agrupan en dos bloques.

En el primero de dichos bloques, compuesto por los dos primeros párrafos (22 líneas, 405 palabras), Rosa Montero empieza evocando la masacre de Grozni en 1999 y las protestas contra dicha masacre en que ella participó, en las que conoció a un chico joven que rechazó sus besos y su contacto por motivos religiosos; luego supo que el joven, español, se había fanatizado e integrado en los yihadistas.

En el segundo bloque, (24 líneas, 415 palabras) comenta los sucesos de Colonia (y otras ciudades europeas) en los primeros días del año, protagonizados por musulmanes, y denuncia la pasividad de Europa, especialmente de la izquierda del continente, al no denunciar estos abusos cometidos por quienes llegaron como refugiados.

El texto sigue un orden claramente **inductivo**, llevándonos por un lado desde unos hechos de 1999 a otros de 2016 y estableciendo la relación entre ambos por medio de su experiencia personal vinculada a los primeros. El artículo termina con su **tesis**, una afirmación general en forma de denuncia, que contiene su pensamiento ante los hechos que comenta.

La autora utiliza básicamente dos argumentos para cimentar su tesis: en el primer bloque (dos primeros párrafos), la *experiencia personal*, y en el segundo (párrafo cuarto), el *argumento de autoridad*, al respaldar su criterio con el de la socióloga argelina Marieme Hélie-Lucas.